

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
REVISTA
DE
HISTORIA CANARIA

Director: Dr. Elías Serra Ràfols, Catedrático de Historia

Tomo XXXIII

La Laguna, Tenerife (Islas Canarias)

Año XLIII

Treinta años después

Por Elías SERRA RÀFOLS

En 1941, hace treinta años, esta añeja REVISTA, que se acercaba ya a los veinte desde su aparición en enero de 1924, pasó a ocupar el papel de órgano impreso de nuestra Facultad de Letras, recién constituida, mediante acuerdo entre esta y el fundador de aquella don José Peraza de Ayala, profesor de la de Derecho. El que suscribe estas líneas era entonces Decano, siquiera accidental, de nuestra Facultad, y promovió el acuerdo movido por razones muy concretas: deseaba que la Facultad contase con una publicación solvente, en la que pudiese verter estudios de temas canarios, históricos, tanto debidos a profesores y alumnos de la misma Facultad, como de escritores ajenos materialmente a ella, pues estimaba indispensable el crear o mantener en las Islas un ambiente de estudio para que la labor docente no quedase reducida a fabricación de grados académicos, sin eco en la cultura del país y en los círculos científicos exteriores. Esto no era posible sin contar con una

revista; no se podía pensar en la prestigiosa de El Museo Canario, de Las Palmas, que en principio habría podido suplirla y en la que de hecho se había colaborado repetidamente años antes, pues tras un brillante y breve periodo de publicación, de 1933 a 1936, había cesado de aparecer y no se conocían proyectos inmediatos de reanudación por entonces. De otro lado, la fundación de una revista nueva —aparte de que nunca hemos sido amigos de la proliferación innecesaria de revistas de vida efímera— era punto menos que imposible, a causa de las restricciones de consumo de papel que se sufrían en aquellos momentos y que habían determinado una reglamentación rigurosa de su distribución: solo las publicaciones periódicas ya existentes tenían derecho a cupo.

Hecho el concierto aludido entre la Facultad y el Dr. Peraza de Ayala, más tácita que explícitamente entré a dirigir REVISTA DE HISTORIA CANARIA, papel en el que he continuado en los treinta años siguientes. Mucho se podría escribir —y algo se ha escrito¹— sobre sus avatares, pues su vida no ha sido tan regular y fácil como podría deducirse de la colección continua de sus volúmenes. El menor azar ha sido el de un ligero cambio de título, que le impusimos en 1957, visto que el que recibió de bautismo resultaba insuficiente y aun confundidor, pues REVISTA DE HISTORIA era la cabecera de varias publicaciones en el vasto mundo hispánico y no concretaba nuestro propósito de limitarnos a nuestra área insular, único campo en el que podíamos aventajar a otras publicaciones históricas. Así añadimos el calificativo CANARIA, sin exceder las tres palabras significativas que se recomiendan, para títulos de revistas, en los repertorios bibliográficos, sin exigir abreviación.

Más graves preocupaciones ha producido el ritmo de aparición de los cuadernos, que en principio eran trimestrales, y con arreglo a ello se ha mantenido hasta ahora la numeración corrida de la REVISTA; pero muy pronto fue imposible mantener semejante frecuencia, y de cuadernos semestrales se pasó prácticamente a un anuario, señalado con cuatro números, y aún, para vergüenza de nuestra dirección, de vez en cuando, para ponerse al día, se han

¹ Cf. JUAN RÉGULO PÉREZ, *Biografía de «Revista de Historia»*, en el tomo XIX, 1953, págs. 127-154.

publicado volúmenes bienales, como el anterior a este presente. Sin duda han tenido parte de culpa las dificultades de imprenta —ingentes en Tenerife a veces, hasta el punto que hubo volumen que se imprimió en tres talleres gráficos diferentes—; dificultades aliviadas desde el establecimiento en La Laguna de la Imprenta Gutenberg, que aseguró una buena realización del trabajo, aunque no la rapidez deseable, que hoy solo pueden dar los talleres mecanizados, en cambio poco adecuados para imprimir textos difíciles.

Pero no han sido menores las dificultades de redacción, basada siempre en el solo esfuerzo voluntario de un grupo de amigos de la historia. En realidad, nunca nos han faltado originales para llenar una primera sección de artículos con trabajos de investigación, que además podía extenderse o restringirse libremente, a tenor de nuestras conveniencias de ajuste; pero las secciones fijas —para nosotros esenciales— de recensión de libros y revistas y de información cultural regional, han contado con pocas aportaciones y a menudo han sido un fracaso, como cuando se intentaron secciones de crítica de artes plásticas, de vida musical, y aun de crítica literaria, que ha vivido casi siempre azarosamente. No hemos hallado voluntarios dispuestos a sujetarse al necesario trabajo sistemático y a su continuidad.

Ahora bien, hay cuestiones de planteamiento, acaso menos aparentes, pero que a la larga resultan más fundamentales. Cada generación tiene su visión de los problemas, unas veces visión heredada, otras por ella misma creada, que hace necesaria la renovación de personas, precisamente si se quiere mantener al día la continuidad de una empresa. REVISTA DE HISTORIA, desde su fundación por el Dr. Peraza, ha sido un grupo de hombres de buena voluntad, que prestaban espontáneamente su esfuerzo y que se sentían ampliamente pagados con su sola realización; si un tiempo la empresa incluso gravó económicamente a estos entusiastas, es verdad que al pasar a la Facultad de Letras pudo financiarse, añadiendo a las modestas suscripciones con que ya contaba algunas subvenciones públicas, ante todo la del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, especial para esta REVISTA, esto es, independiente de otros valiosos apoyos que la misma corporación ha prestado a la Universidad. En fin, esta misma, mediante su Secretariado de

Publicaciones, hace años se ha hecho cargo del déficit todavía resultante, de manera que nuestro presupuesto resultaba automáticamente equilibrado; claro que esto lo conseguimos reduciendo la columna de gastos estrictamente a los de papel e imprenta: hasta los grabados y el correo a menudo se han cubierto con cargo a otros fondos universitarios . . . Lo mismo ahora que en la época de publicación privada de la REVISTA, ningún trabajo original, espontáneo o de redacción, ha sido remunerado, ni tampoco, es claro, los de dirección o secretaría. Y aquí conviene advertir que ello respondía no tan solo a escasez de recursos, sino, antes bien, a un criterio preconcebido: el trabajo científico no puede nunca ser remunerado adecuadamente: a cualquier precio que se pague un artículo valioso de revista científica, este precio no tendrá proporción alguna con su «coste». Y al contrario, el trabajo que tenga su solo estímulo en la perspectiva de percibir una tarifa por página, casi seguro que carecerá de verdadero interés científico. Este punto de vista nuestro sin duda no es el único posible; aun diré que siendo bastante general en los tiempos en que adoptamos REVISTA DE HISTORIA para la Facultad, ha sido menos común posteriormente, y tal vez hoy sea raro o minoritario. En efecto, no se trata solamente de una cuestión de remuneración de artículos, que al fin dependería de los recursos disponibles, sino de una idea diferente de la naturaleza y condiciones del trabajo científico; diríamos, un enfrentamiento de la idea tradicional europea — hay que remunerar al hombre de ciencia y luego dejarle la máxima libertad posible en su programa de trabajo; y la idea americana — cada investigación, cada plan de trabajo será planeado y financiado aparte, y los realizadores del mismo serán simplemente reclutados en el mercado de cerebros, con arreglo al «curso» de este mercado y a los recursos presupuestados. Se comprenderá que un amplio vacío se crea entre los que fuimos formados en aquel ambiente y los que han sido ganados por estas nuevas concepciones; una labor común no es fácil, y es preferible que, por lo menos, la dirección u orientación general se adapte a los tiempos. A nuevas ideas corresponden nuevos hombres.

Añadamos, por último, que los años van cargando sobre las espaldas de los hombres, y no poco sobre las de este ya viejo profesor. Persistir, hasta el último momento, en mantener responsabi-

lidades tomadas desde ya lejanos días, no solo resulta penoso para fuerzas disminuidas, sino que es comprometer gravemente la deseada continuidad de una empresa que representa sin duda un capital moral acumulado tras largos años de trabajo colectivo. Es preciso que un puño joven tome la rueda del timón y se haga cargo de la nave antes de que esta naufrague por súbita e indeclinable desaparición de su capitán. El rumbo a seguir puede rectificarse, pero en todo caso hay que seguir navegando.